

Un poco de  
tu leche

LARA LOSADA

en el mar  
editorial

Primera edición: mayo de 2019  
Segunda edición: febrero de 2020  
Primera reimpresión: junio de 2020  
Tercera edición: febrero de 2021

© Texto: Lara Losada  
© Ilustración de la portada: David Orrico  
© Ilustración del interior: Paqui Cazalla  
© Diseño cubiertas: Celia López Bacete  
Instagram: @celialopbac [www.celialopezbacete.com](http://www.celialopezbacete.com)  
© Maquetación y diseño interior: Lara Losada  
© Corrección: Ana Castro

ISBN-13: 978-84-120371-0-4  
Depósito legal: M-16291-2019  
Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

Para Cristina

El otro día papá me quería, pero hoy me mira con bolas de fuego y yo me pongo de cuclillas. Parece que mi garganta estuviera llena de paja y un palo me atravesara de lado a lado, como un tronco caído en el bosque. Carraspeo porque la abuela me dijo que si te tragas algo y te sienta mal entonces el cuerpo lo expulsa. Como un cohete. Pero solo me duele y tengo sed.

Me da miedo beber por si las olas arrastran el palo a mi estómago y se queda ahí para siempre haciéndome daño. Tal vez si bebo mucho el árbol crezca dentro de mí. Y entonces papá ya no estará enfadado conmigo porque no seré una niña. Seré una

planta muy buena y muy quietecita. A papá le gustan las plantas porque no hablan.

La abuela me contó el otro día que las mayores ya nunca más vuelven a ser niñas y que por eso Lasi ya no volverá a casa. Porque cuando las niñas malas crecen se tienen que ir de la granja para siempre. Yo no quiero ser mala porque quiero quedarme con la abuela mucho tiempo y porque nunca he visto a nadie volver a la granja y papá me regañó cuando le pregunté si van al cielo.

Dijo que no pensara en esas tonterías y anduviera a mis tareas, que si era buena entonces me protegerían.

Ya no quiero crecer nunca más. Salgo corriendo y me escondo bajo unas tablas de madera. Creo que aquí no me ven porque yo no les veo. Los mayores lo fastidian todo. Los mayores siempre llevan razón. Por eso hay que hacerles caso y ser una niña buena.

Ahora que Lasi no está, podré dormir en su cama de piel de melocotón y entonces será mía y nadie más vendrá a quitarme el sueño porque en la cama de Lasi no existen las pesadillas ni las luces ni

los pitidos ni los gritos ni los mayores. Solo existe Lasi y ahora que se ha ido solo existo yo.

Si papá se entera de que me he escondido y han tenido que venir a buscarme otra vez se enfadará. Papá dice que yo tengo que estar siempre donde él alcance a verme porque más lejos es peligroso y las novillas dulces y tiernas no deben andar por ahí solas.

Cuando no me ve se pone nervioso y me muerde con fuerza el lomo y me sacude como si fuera una estúpida gallina y yo no me puedo defender porque sus dientes son enormes y mi piel está llena de agujeros.

Entonces se enfada más si grito y yo aprieto la mandíbula para que no esté furioso y no escuche a la pequeña Jul que chilla valiente dentro de mí.

Papá dice que las niñas no tienen que ser valientes; tienen que ser obedientes.

Mamá solía acurrucarme en su vientre cuando hacía frío. Dormíamos juntas y ella estrujaba mi cuerpo tierno entre sus ubres. Mamá era blandita y blanca como el algodón y, por eso, cuando se caía el sol canturreaba: *¡Mamá es una nube! ¡Mamá es una nube y duerme con el sol!* Y ella reía como una golondrina, me buscaba las manitas y con ellas me tapaba los ojos. *¿Dónde está la pequeña Jul? ¿Va a crecer Jul como las flores fuertes? ¡es hora de dormir!*

Y mamá se quitaba las pieles con las manos y sus ubres salían como gelatinas y bailaban ante mí. Y yo reía porque sus pezones me miraban como

disparos en los ojos y titubeaba torpe para meterlos en mi boca.

Abría la boca hasta que la mandíbula hacía *crack crack* y succionaba con fuerza como si no pudiera respirar. Pero no entraba aire porque mamá estaba hecha de helado y su líquido blanco chocaba en mi paladar. A veces jugueteaba con él en mi boca: primero en un carrillo, luego en el otro y, cuando podía, hacía burbujas y la leche se derramaba entre mis labios y su piel.

Papá solía enfadarse porque ese momento era solo nuestro y a veces berreaba en varios idiomas cosas que mamá decía que eran *gritos a Dios*. Y yo mientras tragaba, pensaba que de mayor quería ser como mamá, así que bebía mucho de ella para que la pequeña Jul se pareciera a la gran mamá.

Pero mamá también era pequeñita como yo y juntas todavía cabíamos en el armario. ¡Hasta hubiera podido entrar Lasi! Pero Lasi también se fue. Quizá está buscando a su gran mamá y por eso yo rezo cada noche desde entonces para que mamá, Lasi y su mamá vengan a la granja.



La pobre Lasi tenía que beber helado de otras mamás porque la suya se fue o se hizo mayor o la abandonó o no la quería o todo a la vez. Pero cuando Lasi mamaba, se ponía a cuatro patas, alzaba su cabeza y buscaba cualquier bulto que meterse en la boca. Y a veces era una mamá y a veces otra, pero a Lasi no le importaba.

Yo no quiero compartir el helado de mamá con nadie porque es mi mamá ¡Mi mamá que duerme con el sol! Y cuando vuelva le diré que la he esperado tanto que la pequeña Jul ha crecido como las flores fuertes.

Ojalá Lasi siguiera aquí. Desde que se fue, he intentado tener otra nueva mejor amiga pero las demás me miran raro porque son mayores y yo no les gusto porque todavía no doy leche. Lasi era mi mejor amiga porque jugábamos todo el rato y, cuando papá me mandaba darle de comer, Lasi se ponía contenta de verme.

Él decía que todas lo hacen por la comida, pero yo sé que Lasi me quería a mí. Además, siempre estaba tumbada en frente de la puerta. Allí no hay césped ni se está blandito como en su cama de nubes de algodón, pero así nos veíamos de noche antes de acostarnos.

Lasi siempre estaba esperándome. A veces me daba pena porque no podía ir y si llovía ella seguía esperando, y si nevaba seguía esperando, y si me ponía enferma ella seguía esperando. Me hubiera gustado que entrara en casa cuando hacía frío y le decía a papá que se iba a resfriar y a poner enferma y a toser y que le dolería la garganta como si le atravesara un tronco enorme y él decía que las niñas buenas no enferman.

Papá solía decir todos los días a la hora del desayuno que no me encariñara con Lasi y entonces le mugía y canturreaba *Lasi es mi mejor amiga, Lasi es mi mejor amiga y me espera todos los días*. Alargaba mucho las íes porque sabía que a papá le molestaba. Ahora ya no tiene sentido cantar.

Él nunca quiso a Lasi y decía que si no valía para dar leche no valía para nada. Yo no lo entendía porque, aunque Lasi no hablaba mi idioma, yo sabía que era muy lista. Cuando le ponía la mano, ella venía corriendo a lamerla y cuando me acercabase ponía contenta y cuando le rascaba el lomo ella hacía ruiditos y me miraba con sus ojos de cordero.

Además, Lasi era muy buena conmigo porque siempre escuchaba todo lo que le decía muy muy atenta. Lo sé porque abría mucho mucho los ojos. ¡Además era muy divertida! Tenía una lengua enorme y cuando estaba cariñosa me daba un lametón. Eso también enfadaba a papá porque él dice que es asqueroso que me laman la cara y que no debo acercarme demasiado. ¡Pero Lasi era hermosa! Y me recordaba a mamá cuando me *besuqueteaba*.

Mamá no conoció a Lasi, pero sé que también hubiera sido su mejor amiga, porque ella me decía: *Las amigas de verdad son las que siempre están ahí y te entienden sin decir ni una palabra.*

Y esa era exactamente Lasi.

¿Por qué está papá gritando? ¿Por qué está molesto conmigo? ¿Es porque anoche le pregunté por mamá? A lo mejor él también está triste porque se ha ido. Mamá solía decir que, a veces, es difícil diferenciar la tristeza del enfado porque normalmente se está triste y enfadado.

Debe ser eso. Papá está muy triste y muy enfadado.

Siento lástima por él, pero no me atrevo a moverme de donde estoy. He salido corriendo de la cama y ahora estoy escondida debajo de la mesa. Sé que a papá le molesta, pero yo no quiero molestarle.

A él no le gustan los besos que curan y, cuando me acerco sigilosa como una culebra, él salta por los aires y la mesa vuela y mi pecho retumba *tum tum, tum tum*, y me tapo los oídos porque alguien muy muy pequeño grita dentro de mi cabeza.

Papá ha descubierto a Jul y tira con fuerza de mi brazo hasta que me escurro por toda la cocina. Cierro los ojos con fuerza e intento hacerme una bolita juntando la cabeza con los pies, como una tortuga blandita de caparazón muy duro. Pero no funciona: papá es más fuerte que el pequeño animal y mis huesos parecen ramas secas.

Primero escucho palabras que enfurecen a Dios y después mucho mucho silencio. Me recuerda a la calma de los árboles antes de que llegue el murmullo del viento. Me pregunto si Dios estará enfadado con papá y, de pronto, el golpe. Escucho *crack crack*. Tengo abiertos los ojos, pero me he perdido y el suelo está aquí y el techo está aquí y Jul, ¿dónde está Jul?

Ya es de día ya es de día ya es de día. Me duelen la frente y los ojos y el lomo y el brazo derecho. Entre

las cortinas se cuele un rayo de luz y me coloco justo debajo, muy pegada al suelo, buscando el calor. Viene papá y acaricia el pelo de Jul.